

Pedro Selva

¿Existen autores originales?



LOS libros cogidos al azar entre los tesoros que la Biblioteca entrega sin regateo a sus lectores nos han inducido a formularnos interiormente esta pregunta.

Uno llega a dudarlo.

¿Quiénes empezaron? ¿Quiénes, por primera vez, dijeron las cosas que los demás, en seguida, se han encargado de repetir, generación tras generación? En uno de sus más bellos poemas, Pedro Prado se pregunta dónde la rosa empieza a florecer, si en el pecíolo, el tallo o la raíz. O acaso en la tierra misma, muy al fondo, misteriosamente.

Así también cabe interrogarse ante los autores.

He aquí «El libro de los Plagios», por Luis Astrana Marín. Y junto a él «Le Livre des Plagiats», por Georges Maurevert (1).

(1) Madrid, «Cervantes», Imp. F. Hernández, París, Fayard, ambos sin fecha, cosa muy prudente en acusaciones de plagio.

Buena pareja, desde luego, la del español y el francés: cada uno manifiesta las condiciones de su raza.

Apasionado el primero, terrible, feroz, coge la presa entre los dientes y no la suelta hasta que, de tanto sacudirla, sólo le quedan unos guiñapos sanguinolentos; el otro, sonriente, desdeñoso, fino, va clavando aquí y allá su flecha rápida, sin detenerse ni insistir, cual si de un juego se tratara. Querría el uno, encarnizado, triturar a sus víctimas hasta que desaparecieran; se le siente jadear forcejeando, le corren por la frente gotas de sudor y sólo se detiene para tomar aliento y proseguir, a cada instante más furioso. El segundo no se agita; más bien se divierte; ¡es tan bonito el espectáculo!; dos grandes hombres que se hurtan unos a otros, alternativamente, las grandes frases, las grandes ideas, los grandes y nobles pensamientos... ¿no es de pagar por verlos?

Imitando a éste, celebremos a los dos.

Forman un magnífico dúo.

* * *

Pero la filosofía que se saca de este concierto resulta desconcertante.

Parece que el señor Astrana Marín, más conocido como insigne traductor de Shakespeare, el mejor, según dicen, y hasta el único digno, se inició en la carrera de la celebridad lanzándose sobre don Francisco Rodríguez Molina, comentador del Quijote, erudito cer-

vantista y renombrado académico. El tambor, para que resuene, ha de ser vasto y estar a la vista. Empezó a descubrirle plagios, siguió descubriéndole plagios y no terminó nunca de descubrirle plagios. Diríase que el ilustre hombre de letras, cuyo Quijote en ocho tomos, atiborrados de notas, forman un monumento de sabiduría, jamás se preocupó de leer sino a los que podía saquear, especialmente a su predecesor don Diego Clemencín. Astrana lo dice. Y lo prueba. Allí están los libros, las páginas, las fechas. Es algo para volverse loco. Uno cree soñar.

Quiso defender a don Francisco Rodríguez su amigo Cejador, el célebre don Julio Cejador y Fauca, ex-jesuita, erudito también, también académico y monumental y sapientísimo. ¡Nunca lo hiciera! Astrana Marín, en vez de acudir a los diarios, le denunció al Juzgado en un escrito por robo. Lo llamó con todas sus letras ladrón: le había hurtado a don Julio Fernández Guerra unas anotaciones hechas a siete obras de Quevedo escritas, publicadas y firmadas sesenta y cinco años atrás. Abundan asimismo aquí las pruebas, citas, ediciones, etc.

Más allá tocan sendos zurriagazos, Martínez Sierra, por haberle sustraído cien versos a Moratín y Villaespesa, autor de una novela «Amigas Viejas», sacada del cuento «Sempre Amigos», por el portugués Fialho d'Almeida, hasta Casares, el gran Casares tiene su parte merecida.

Acusador acucioso, Astrana nunca omite las precisas referencias.

Pero dejemos «El Libro de los Plagios» para coger «Le Livre des Plagiats».

Diríase, desde luego, un plagio el nombre... Título adentro, saltan a la vista las diferencias, el otro espíritu, la otra atmósfera. En esta vidriera no vamos a ver el cuerpo de ningún fraile descuartizado. No es una carnicería. «Le plagiat est chose aussi vieille que la Littérature». Con declaración tranquilizadora, entra el autor a formular advertencias explicativas impregnadas en suave humorismo. Había empezado, dice, a trabajar con ánimo frívolo. (¿Cómo sería aquello?); pero a medida que avanzaba, la seriedad del tema se le impuso y, no sin suspiros, abandonó la diversión. El libro caminó solo, día a día, a fuerza de datos y notas acumulados. Así, tras algunas consideraciones preliminares, cruzamos los dominios de Dante, Milton, Rabelais, Shakespeare, para seguir, tras los colosos, con Montaigne y Pascal, La Rochefoucauld y Corneille, Racine, La Fontaine, Moliere, Voltaire, Diderot Jean-Jacques, Chateaubriand, Balzac, Stendhal, Victor Hugo, Baudelaire, Sardou, France, d'Annunzio... En cada sitio vemos despojos,

Es una Historia de la Literatura.

Para escribir la «Divina Comedia», el altísimo poeta utilizó viejas crónicas y trabajos eruditos, una enciclopedia del siglo XIII e «Il Tesoretto» de su maestro Brunetto Latini a quien recompensó colocán-

dolo en el Infierno», entre los que «ensancharon el círculo de sus relaciones». — El Purgatorio lo sacó de la leyenda irlandesa. «El Purgatorio de San Francisco», el «Infierno» de una vieja novela ítalo provenzal... El Dante con su inmensa obra, cae pues, en el círculo de los grandes plagiarios. No está en mala compañía. Rabelais para su Gargantúa puso a contribución la Utopía de Morus, la Historia Macarrónica de Folengo, el Sueño de Polifilo de Colonna, los Adagios de Erasmo, la obra de Villón, la Farsa de Patelin, a los cuentistas italianos y franceses y las novelas de caballería. Plattard dedicó 400 páginas a enumerar sus raterías y la Academia Francesa coronó ese trabajo. Por su parte, el crítico inglés Malone descubrió, hace un siglo, que de los 6,043 versos de Shakespeare sólo le pertenecían 1,099: los otros los había tomado de diversos autores antiguos y modernos. Jamás el coloso inglés inventó un argumento entero y pasó la vida firmando fríamente piezas de Marlowe, Lodge, Peele, Beaumont, Webster, Fletcher, Ben Johson... Habría que llenar una página para completar la lista de los préstamos forzosos contraídos por el dueño y señor de la escena. Mucho le será perdonado, escribe Maurevert, en gracia de la declaración que hizo el año 1593, cuando publicó su poema «Venus y Adonis» y confesó que era la «first heir of my invention», aunque ya por entonces, había hecho representar una media docena de piezas teatrales.

Pero estos colosos, estas montañas, por mucho que se les quite siempre quedan al límite del horizonte.

Más impresionante resulta el noble duque de la Rochefoucauld, autor de un solo libro y, por él, celeberrimo. Va camino de desaparecer totalmente, sin que de su edificio, compuesto de piedras preciosas, quede piedra sobre piedra. Quinientas cuatro son sus incomparables máximas, pues se ha establecido que debería restituir a sus dueños legítimos, por lo menos trescientas. La famosa imagen: «Le soleil ni la mort ne se peuvent regarder fixement» procede directamente de «El Licenciado Vidriera», de Cervantes: «Hay dos cosas que no se pueden mirar fijamente: el sol y la muerte... Y ésta era justamente, la máxima que Sainte-Beuve alegaba para probar que La Rochefoucauld tenía imaginación.

A La Fontaine los ingleses no lo toman en cuenta; porque no logra pasar a la traducción lo único que, en realidad, le pertenece: el ritmo, la rima, cierto encanto sencillo de la narración, fruto del orden dado a pensamientos, ideas, imágenes y todo lo demás ajeno.

Cuanto a Moliere, merecería la cárcel. No se contentó, como todos, con saquear a contemporáneos o predecesores ya impresos y elevar el plagio a la categoría de dogma, dándole la solidez de una institución. «Antes que los autores italianos de la Comedia de Arte, (pág. 84. Gaultier-Garguille), hizo interesarse al joven Poquelin por el arte escénico y componer comedias... Cuando Gaultier murió, Moliere le compró a

la viuda de Guillot Gorju, su sucesor, todos los manuscritos del difunto... Y se afirma que después de copiarlos y firmarlos de su mano, fría y fríamente los quemó para que no lo acusaran de plagiarlos. El robo fué en debida forma, seguido del asesinato.

Naturalmente, estos grandes ladrones suelen robarse unos a otros y Moliere se vistió muchas veces con las plumas de Shakespeare. O de las víctimas de Shakespeare.

«El Camino que Anda» titulamos nosotros, en un diario, cierto artículo sobre la necesidad de canalizar los ríos chilenos del sur. Después vimos la misma definición en Pascal y pensamos: recuerdo inconsciente. Según Maurevert, esa imagen la tomó Pascal, como muchas otras, de Rabelais (Pantagruel, Libro V), el cual la habría leído antes no en Trismegisto, como dice, sino en «La Imitación de Cristo», cuyo autor la habría encontrado, a su vez, en una meditación de San Buenaventura, quien la habría copiado de su contemporáneo Vicente de Beauvais; lo cual no significa que le perteneciera a éste, pues se halla en el «Roman de la Rose» de la Edad Media y, más atrás, en Timeo de Locres, neo-platónico del siglo IV antes de Cristo quien la recibió, según parece de Empédocles...».

¿Hasta dónde será preciso remontar «el río que anda»?

Hasta donde se oculte la fuente, hasta donde se encuentre ese mito, ese ente fabuloso, ese fantasma: el autor original, el que habló primero, el que no copió.

Hasta Dios, diríamos, si, para crear al hombre, no se hubiera el Creador imitado a sí mismo formándolo «a su imagen y semejanza». (Observación que por cierto plagiamos de alguien...).

San Francisco de Las Condes, 31 de Diciembre de 1946.

NOTA.—«La palabra plagio—dice Astrana, citando la definición del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano—tiene su origen en la voz latina plaga, que indicaba la pena por medio del látigo, «ad plagas» con que se castigaba a los que habían vendido a hombre libre como esclavo». Respecto a sus límites, reproduce y rechaza la opinión de don Juan Valera, a nuestro juicio, la más sabia; «La verdadera y buena originalidad—según el autor de Pepita Jiménez—no se pierde ni se gana por copiar pensamientos, ideas o imágenes, o tomar asuntos de otros autores. La verdadera originalidad está en la persona, cuando tiene ser fecundo y valor bastante para trasladarse al papel que escribe y quedar en lo escrito como encantada, dándole vida inmortal y carácter propio. Para ser, pues, original en el buen sentido, no hay que afanarse poco ni mucho en decir cosas raras. Basta al pensar y sentir y expresar lo que se piensa y se siente del modo más sencillo. Entonces sale retratada el alma del que escribe en lo que escribe: y como el alma es original, original es lo escrito. Ni se crea que esto es tan fácil. Los autores vulgares apenas tienen alma y su alma no sale retratada ni queda en el estilo. Bien podrán no imitar a nadie; pero no son originales: serán cualquier cosa; lo que todo el mundo es. Horacio, Virgilio, Shakespeare, Milton Garcilasso, Ariosto, Dante y otros muchos, de cuyos plagios pueden llenarse libros enteros, viven como altísimos poetas en la memoria de los hombres, mientras de otros que jamás copiaron nada de nadie no hay ser humano que se acuerde, o que los lea, o que leyéndolos sufra».